

## Sentidos y sensibilidades

Estas palabras abren el tercer número de la *Revista Historia Autónoma*, cuya publicación constituye un hito más en su desarrollo, cumpliendo una nueva etapa en el recorrido iniciado hace ahora un año. Para ello, el equipo editorial que capitaneamos ha sacado adelante unos contenidos que apuestan, como hemos hecho desde un principio, por recoger importantes y novedosas líneas de investigación sobre el pasado que se apoyen en un concienzudo y riguroso trabajo por parte del historiador. Una labor llevada a cabo, en la gran mayoría de los casos, por investigadores en proceso de formación, demostrando que la comunidad historiográfica goza de una buena salud y está cimentando su futuro sobre sólidos pilares.

A pesar de la naturaleza de miscelánea que tienen nuestros números, los diferentes contenidos que integran este otorgan un peso especial a los estudios de género. Plenamente arraigados como disciplina historiográfica gracias a una prolongada trayectoria jalonada de grandes especialistas y obras fundamentales, aquí aparecerán una serie de artículos y reseñas que plantean aproximaciones a la situación de la mujer a través de casos muy específicos tanto en el tiempo como en el espacio. Sin embargo, y precisamente debido al carácter plural que define a cada número de la *Revista Historia Autónoma* al que se aludía con anterioridad, estos trabajos de género conviven con otros vinculados a especialidades tradicionales, como la historia social o las relaciones internacionales, y con novedosas aproximaciones que se nutren de aportaciones procedentes de diferentes ámbitos de estudio como la historia del arte o la filosofía, reforzando el carácter multidisciplinar de nuestra publicación.

Queremos hacer constar, además, que el tercer número que hoy ve la luz ha sido fruto del trabajo de un equipo editorial parcialmente renovado. Aunque hayan cambiado algunas personas, nuestra intención ha sido que la labor realizada día a día continuase por la senda ya marcada, aportando cada uno su toque singular. De este modo, damos la bienvenida a las nuevas incorporaciones y, al mismo tiempo, agradecemos a quienes no han podido acompañarnos su ayuda durante la primordial fase inicial de este proyecto.

Con el paso del tiempo, la renovación física y, por extensión también la práctica, de la comunidad historiográfica se dificulta enormemente. El conjunto de medidas que el actual Gobierno de España está implementando desde que llegara al poder a finales del año 2011, sobre todo aquellas que afectan más directamente al sistema educativo, están provocando un profundo cambio en el mundo universitario que, poco a poco, irá mutando hacia un modelo que desnaturalizará su realidad actual, en el cual el afán de conocimiento quedará subordinado a criterios puramente mercantiles como la rentabilidad o la competitividad. Con ello, se lastrará muy seriamente al ámbito de la investigación, no solo en el campo histórico, sino en la totalidad de especialidades.

Si a este marco general se añaden los crecientes impedimentos interpuestos para que los estudiantes universitarios puedan cursar sus grados o posgrados, se abre ante nosotros un panorama auténticamente desolador. La reciente decisión de establecer una nota media mínima para poder disfrutar de una beca que permita a un ciudadano poder estudiar, cuando no dispone de la capacidad económica para hacerlo, ha sido el colofón a una sucesión de malas noticias, aunque se reviste de un significado propio debido a su intensa vinculación con los derechos individuales. Actuaciones como esta suponen un ataque frontal contra la igualdad de oportunidades que todos los españoles debemos poder disfrutar, y además rompen con el carácter de elevador social que tiene la enseñanza superior. Aunque mitigado en los últimos años, fruto de las transformaciones de nuestra sociedad, obtener un título universitario daba la posibilidad de aspirar a una categoría profesional más alta que la ostentada por los progenitores.

Esta situación afecta no solo a los futuros graduados, sino también a los alumnos de posgrado. El exagerado incremento de las tasas de los másters ha convertido su matrícula en algo desorbitado, accesible únicamente a quienes sean económicamente autosuficientes. Si a ello unimos la supresión de las ayudas de movilidad para este tipo de estudios, prácticamente se anulan las opciones de cursar un máster interuniversitario y disfrutar de las ventajas que reportan. Las, hasta hace poco tiempo, regulares convocatorias de las becas de Formación de Profesorado Universitario se han dilatado en el tiempo mediante prórrogas sin fecha determinada. Como resultado, peligran numerosas tesis doctorales ante la falta de la financiación básica para que el doctorando pueda llevarlas a cabo.

Cabe añadir, a todo lo anterior, las serias dificultades financieras por las que atraviesan numerosas universidades españolas y centros de investigación. A casos paradigmáticos al respecto como el de la Universidad Complutense de Madrid, con una amplia repercusión mediática a raíz de su volumen de alumnos y profesores, junto al prestigio académico adquirido a lo largo de toda su trayectoria, se ha unido recientemente el del Centro Superior de Investigaciones Científicas, cuya existencia se encuentra seriamente amenazada, tal y como han denunciado sus propios miembros.

Todos estos problemas que se han enumerado revelan las negras perspectivas que se ciernen sobre el futuro de los investigadores en formación, convertidos prácticamente en una especie en peligro de extinción. En nuestra opinión, la política científica puesta en práctica por el Gobierno lesiona gravemente el panorama investigador de nuestro país. Las serias dificultades descritas demuestran una pérdida del sentido por parte de las autoridades, agravada por la falta de una mínima sensibilidad social. Ambos elementos son la matriz de la cuestión, y son los que, corrigiéndose, permitirán un cambio de rumbo hacia destinos más halagüeños.

Incorporar aspectos propios de la lógica mercantil a las decisiones tomadas sobre la enseñanza, en cualquiera de sus niveles, significa desvirtuar su sentido. Básicamente, porque se trata de una de las inversiones que mejor pueden garantizar el desarrollo de

una sociedad. Por esta razón, de ningún modo debe permitirse la aplicación de ahorros o recortes en el sistema educativo, y por ende en el ámbito de la investigación, en tanto que pilares fundamentales sobre los cuales ha de anclarse nuestra evolución futura. Quien los catalogue como partidas superfluas, prescindibles o sujetas a reducción, equivoca su perspectiva y favorece la condena a la insignificancia de nuestro porvenir. Si se busca una ciudadanía potente, adaptada a la realidad del siglo XXI y con un alto nivel de vida (englobando todas las facetas que proporcionan bienestar a los individuos, desde la puramente económica, la laboral, la sanitaria, la cultural, etc.), el Estado debe promover una educación de enorme calidad y una investigación de amplias miras, con una continua interrelación con su entorno social más próximo.

A su vez, nuestros actuales gobernantes parecen inmunes a la más elemental sensibilidad social, coartando la igualdad de oportunidades que poseemos todas las personas. Los más recientes criterios adoptados para aspirar a una beca son un síntoma de esta percepción que denunciamos por injusta. No facilitar la llegada a la universidad de aquellos con menores recursos económicos solo va en perjuicio de nuestro sistema educativo, pues muy probablemente se esté quitando la oportunidad de estudiar a gente perfectamente capaz de hacerlo. No se pide que se den las máximas calificaciones a todos los alumnos, pero sí ofrecerles la posibilidad de demostrar su valía. Luego, que cada uno obtenga el premio acorde al trabajo desempeñado.

Si nada cambia, nos veremos abocados a convivir con una universidad elitista, a la que solamente acudirán quienes puedan costearse los cada vez más elevados precios de matriculación. De suceder, supondrá un retroceso de varias décadas, pasando por alto, precisamente, uno de los mayores logros del sistema universitario español: la incorporación de la clase obrera a partir de la década de 1960. Gracias a ello, la enseñanza superior se convirtió en ese canal de ascendente movilidad social al que se aludió en párrafos precedentes, condición que perdería de prosperar esta situación. Con semejantes fallos en la etapa universitaria, su proyección posterior, la investigación, naufragará sin remedio. Sin la cantidad suficiente de becas, ayudas, financiación para los proyectos puestos en marcha y, no se olvide, con menos individuos involucrados en ellos, su colapso se acercará. La salida para muchos será marcharse al extranjero, con destino a aquellos países donde el sistema todavía funciona. Haciendo de nuevo historia, tendrá lugar otra fuga de cerebros, como ya ocurrió en la posguerra, que traerá consigo la apatía cultural y una poderosa pobreza social.

A tiempo estamos de dar marcha atrás a las decisiones tomadas y asimilar que esas vías no solucionan ningún problema, sino que agravan los ya existentes. Tener claro cuál es el sentido de contar con un sistema educativo que genere grandes resultados y con un panorama investigador de primer nivel, requiere dotar del dinero suficiente para conseguirlo. Una actuación que debe ir acompañada de la sensibilidad necesaria para proporcionar el mayor bienestar posible a la ciudadanía y omitir cualquier atisbo

de injusticia social desde el poder. Porque no hay que saber muchas matemáticas para comprender que con menos es imposible hacer más.

Marcos Marina y Juan Carlos Merino.

Directores de la *Revista Historia Autónoma*.